

cara
y
cruz

Dostoyevski

Noches blancas



Norma

RELATO SENTIMENTAL

*De los recuerdos de un soñador.
“... Y tal vez, él solo haya sido creado
para estar siquiera un instante
al lado de tu corazón...”.*

Turgueniev

PRIMERA NOCHE

Era una noche maravillosa, tan maravillosa como las que solo tal vez podemos ver cuando somos jóvenes, amable lector. El cielo estaba tan estrellado, tan resplandeciente que al mirarlo era inevitable preguntarse: ¿cómo es posible que bajo semejante cielo puedan existir seres tan llenos de caprichos y odios? Pero esta es también una pregunta juvenil, tan juvenil como ojalá Dios nos mantuviera siempre el alma.

Y hablando de esos seres llenos de caprichos y odios, no podría pasar por alto el candoroso comportamiento que yo mismo tuve durante ese día. Desde muy temprano en la mañana me había empezado a atormentar una tristeza increíble. De repente, me pareció que todos me habían abandonado, que todos se habían propuesto alejarse definitivamente de mí... Pero lo cierto es que cualquiera está en el derecho de preguntarse quiénes son ellos. Entonces deben saber que hace ya ocho años vivo en Petersburgo y hasta hoy no he podido cultivar ni una sola amistad. Y de todas formas, me pregunto: ¿para qué me harían falta amigos? Así, sin tener ninguno, conozco todo Petersburgo y es por esto que me parecía que todos habían decidido abandonarme cuando la ciudad entera se levantó, de repente, para irse al campo. Me produjo pavor quedarme solo y durante tres días enteros vagué por las calles, sumergido en una nostalgia abismal y sin comprender qué me estaba ocurriendo. Andaba por la Nievsky, caminaba por los jardines, vagaba entre los malecones y no encontraba uno solo de los rostros que estaba acostumbrado a ver a

la misma hora, en el mismo lugar, durante todo el año. Por supuesto, ellos no saben quién soy yo, y tampoco saben que los conozco tan bien, tan íntimamente que casi me sé de memoria los rasgos de sus caras, y me emociono cuando están alegres y se me ahoga la alegría cuando se entristecen. Podría decir que soy casi amigo de uno de ellos; un viejecito al que me encuentro todos los santos días a la misma hora en el canal Fontanka. Tiene un gesto importante, reflexivo, mueve todo el tiempo la boca y balancea el brazo izquierdo, porque en el derecho sostiene un bastón largo y nudoso con empuñadura de oro. Él, inclusive, ha llegado a notar mi presencia y ha adoptado hacia mí una actitud bastante cordial. Si algún día ocurriera que no me presentara en el Fontanka a la hora acostumbrada, estoy seguro de que él me extrañaría. Por esto creo que varias veces hemos estado cerca de hacernos un gesto de saludo, sobre todo cuando ambos estamos de buen humor. Por ejemplo, hace poco, cuando ya hacía dos días completos que no nos encontrábamos, al vernos de nuevo, casi nos llevamos la mano al sombrero; afortunadamente los dos volvimos en sí muy a tiempo y pasamos uno al lado del otro sin que tuviera lugar ningún otro percance.

Y las casas también son mis amigas. Cuando voy caminando pareciera que cada una de ellas saltara a la calle frente a mí, me mirara por todas sus ventanas y me dijera: “¿Qué tal, cómo le ha ido? Yo afortunadamente estoy mucho mejor, sobre todo porque parece que en mayo me construyen otro piso”, o bien: “¿Cómo ha estado usted? Por mi parte le cuento que por fin mañana empiezan con mi remodelación”. O bien: “Imagínese que estuve a punto de incendiarme. Afortunadamente no me ocurrió nada grave, pero fue el susto más grande de mi vida”. Y así, cosas por el estilo. Claro que entre ellas tengo mis preferidas, e incluso podría hablar de amigas íntimas. Una de ellas está preparándose para que el arquitecto le ayude, este verano, a

consolidar sus estructuras, de manera que yo pasaré expresamente cada día a verla hasta que se recupere por completo; Dios quiera que todo salga bien. Y hay una maravillosa casa, color rosa claro, cuya historia no podré olvidar jamás. Se trata de una adorable casita de piedra que me miraba tan amablemente y lo hacía con tanto orgullo frente a sus pesadas vecinas, que cada vez que yo podía pasar frente a ella sentía que mi corazón saltaba henchido de emoción. Pero la semana pasada ocurrió que, cuando recorría esa calle y buscaba con la mirada a mi amiga, escuché un grito quejumbroso: “¡Me van a pintar de amarillo!”. Bárbaros perversos, no perdonaron nada, ni las columnas ni las cornisas; toda mi amiga se volvió amarilla, como un canario. A mí casi se me revienta la bilis por esta infamia, tanto que aún hoy día no encuentro fuerza para volver a ver a mi pobre amiga desfigurada, pintada con el color de “el rey de los cielos”.

Es de esta manera, mi querido lector, que conozco todo Petersburgo.

Como estaba diciendo, estuve tres días enteros torturado por una angustia que solo se curó cuando comprendí la razón que la causaba. Me sentía mal en la calle. Descubría que este no estaba, que aquel tampoco; me preguntaba: ¿qué se habría hecho este otro? Y en mi casa tampoco me encontraba a gusto. Dos noches enteras me martiricé intentando comprender qué era lo que hacía falta en mi guarida. Absorto en mi zozobra no dejaba de examinar las paredes verdes manchadas y el techo cubierto por las telarañas que con enorme éxito cultivaba Matriona; revisé todos mis muebles, me detuve en todos los detalles de cada una de las sillas pensando que tal vez en ellas estuviera la razón de mi tristeza —pensaba que si una de las sillas no estaba en el mismo lugar de ayer, quería decir que yo tampoco estaba en el mismo lugar, es decir, estaba fuera de mí—; intenté también asomarme a mirar por la ventana. Lo hice

durante un largo rato pero también fue en vano... No encontré una mínima sombra de alivio. Incluso se me ocurrió llamar a Matriona para hacerle un serio llamado de atención acerca de las telarañas y en general por el desorden, pero ella se limitó a mirarme intrigada y pasó de largo sin decir una sola palabra, de manera que las telarañas continúan colgando prósperamente en el mismo lugar. Finalmente, solo hoy en la mañana descubrí la causa de mi angustia. ¡Ja! Pues es que todos se fueron a sus casas de campo. Qué pena lo trivial de mis palabras, pero es que la situación no es como para preocuparse por el estilo... Lo que ocurría era que todos, cada uno de los que vivía en Petersburgo, se habían ido o estaban yéndose a su casa de campo a veranear; y cada hombre mayor de apariencia respetable había alquilado un carruaje y, frente a mis ojos, se transformaba en un honorable padre de familia, quien al terminar sus ocupaciones cotidianas se dirigía, sin equipaje, hacia el seno familiar: su casa de campo. También me parecía que a estas alturas cada transeúnte tenía tal cara de acontecimiento que por poco le decía a todos los que se encontraba: “Pues, la verdad, es que estamos por acá apenas de paso, porque dentro de dos horas partimos hacia nuestra casa de campo, a veranear”. Y, a veces, cuando se abría la ventana de un coche y por ella aparecían tamborileando unos delgados dedos blancos como el azúcar y en seguida la cabeza de una hermosa jovencita que llamaba a la vendedora para que se acercara con unas flores, inmediatamente, se me ocurría que estas flores habían sido compradas no para disfrutar en ellas la encarnación de la primavera o sus colores en un apartamento estrecho y mal ventilado, sino que en el mismo instante en que todos partieran a sus casas de campo, se llevarían consigo, además, todas las flores de la ciudad. Como si fuera poco, para entonces ya había hecho yo tales adelantos en uno de mis singulares ejercicios, que podía, sin

temor a equivocarme, establecer, después de una sola mirada, en qué casa de campo se disponía a veranear cada uno de ellos. Los que iban a las quintas ubicadas en las islas Kamenaya y Aptekarsya y los de las casas del camino de Petergofky se distinguían por sus maneras delicadas, por sus encantadores vestidos de verano y por los maravillosos equipajes con que viajaban; los que veraneaban en Progolov y los que iban más allá, dejaban ver desde la primera impresión su cordura y seriedad; aquellos que visitaban las islas de Krestov eran reconocibles por el incorruptible aspecto de alegría que emanaban. A veces me era posible encontrar una larga procesión de cargadores con las riendas en la mano, avanzando perezosamente al lado de los carruajes cargados con montañas enteras de toda clase de muebles, mesas, sillas, divanes turcos y no turcos y demás trastos hogareños sobre los cuales estaba sentada, pomposa, en la corona del carruaje, una endeble cocinera que salvaguardaba los bienes del señor como si fueran las niñas de sus ojos; y otras veces podía ver las barcas deslizándose pesadas con su carga de utensilios domésticos por el Nieva o por el Fontanka hasta el río Negro o hasta las islas. Los carruajes y las embarcaciones se multiplicaban por diez, se centuplicaban frente a mis ojos y hubiera podido asegurar que *todo* se había alistado para partir, que *todo* se estaba trasladando en miles de miles de caravanas hacia las casas de campo. Parecía que Petersburgo íntegro amenazaba con volver a convertirse en un desierto, de tal manera que finalmente me llenaba de vergüenza, me angustiaba y me ponía muy triste, porque lo cierto era que yo no tenía cómo ni para qué irme a una casa de campo. Y a pesar de eso, siempre estaba dispuesto a partir con cada carruaje, a unirme a la comitiva de cada uno de los señores de apariencia respetable, listo para servir, incluso como cargador de su equipaje, pero no había manera; ninguno de ellos se preocupó por invitarme. Parecía que

se hubieran olvidado de mí, parecía que yo fuera para ellos, en el fondo, ¡un extraño!

Caminé durante mucho tiempo y al cabo de un largo trayecto logré, como de costumbre, olvidar dónde me encontraba, cuando de repente me di cuenta de que estaba en la puerta de la ciudad. Instantáneamente me invadió la alegría. Caminé, ganando el otro lado de la barrera y me lancé a recorrer los campos vecinos y las praderas. Anduve sin reparar en el cansancio, solo sintiendo cómo, a cada paso, mi alma se liberaba de un gran peso. Todos los paseantes me miraban tan afables que casi se inclinaban ante mí, parecían estar muy alegres por algo y fumaban cigarros. Yo también estaba muy contento, tanto como nunca había estado en mi vida. Fue como si de repente levantara la mirada y así, sin más, me encontrara en Italia; de ese tamaño fue el impacto que tuvo la naturaleza sobre mí, un ciudadano enfermizo que apenas consigue respirar entre las paredes de la urbe.

La naturaleza de nuestra ciudad tiene algo inexplicablemente conmovedor. Al llegar la primavera despliega toda su potencia, toda la fuerza que el cielo le ha dado y, entonces, se reconcilia, se atavía, se carga de flores... De alguna manera indirecta me recuerda ese tipo de muchachas marchitas y enclenques a las que se las mira a veces con lástima, a veces con una especie de piadosa estima y, a veces, ni siquiera se las nota; pero quienes, de repente, en un instante, sin ninguna premeditación nos muestran una belleza conmovedora y maravillosa, que nos impacta, nos encanta, nos hace preguntarnos casi sin querer: ¿qué extraña fuerza hizo brillar esos ojos tristes y melancólicos con semejante fuego? ¿Qué hizo que la sangre apareciera bajo la piel de esas mejillas pálidas y flacas? ¿Qué inundó de pasión los tiernos rasgos de ese rostro? ¿Por qué razón se le mueve el pecho de esa manera? ¿Qué fue lo que de repente llamó a la fuerza,

a la vida, a la belleza para que habitaran el rostro de esa pobre jovencita haciéndolo brillar con una sonrisa, logrando reanimarlo en esa brillante risa transparente? Entonces, uno mira a su alrededor buscando a alguien para confirmar lo que acaba de ocurrir, hasta caer en cuenta... El instante se ha esfumado y lo más posible es que al día siguiente usted vuelva a encontrarse con esa misma mirada meditabunda y distraída, igual que antes; con ese mismo rostro pálido, con la misma humildad y timidez de movimientos, e incluso con esa misma especie de arrepentimiento con las huellas de un tedio mortal y con la desesperanza que le ha dejado un momento de distracción... Y sentirá tristeza de que todo haya sido tan rápido, que hubiera pasado de una manera tan irrevocable ese instante de belleza, que ella, de manera tan inútil, hubiera centelleado frente a usted; y le da tristeza porque usted ni siquiera tuvo tiempo para amarla...

¡Pero de todas formas mi noche fue mejor que mi día! Y he aquí cómo ocurrió todo.

Muy tarde caminé de vuelta a la ciudad. Ya habían pasado las diez de la noche cuando me acercaba al apartamento. El camino que seguía pasaba por el canal del malecón; por ahí, generalmente a esas horas, no se encuentra una sola alma. Es verdad, vivo en una parte alejada de la ciudad, así es que caminaba y cantaba, porque cuando estoy contento siempre tarareo algo para mí, como lo hacen todas las personas alegres que no tienen amigos, ni buenos conocidos, ni nadie con quien compartir su alegría en un momento de felicidad. Y de repente me encontré siendo el actor de la más inesperada aventura.

En una orilla, apoyada contra la balaustrada del canal, estaba una mujer. Al parecer miraba muy atentamente el agua oscura que corría por el cauce. Vestía un hermosísimo sombrero amarillo y una coqueta mantilla negra. “Es una muchacha hermosa y, seguramente, es

morena”, pensé. Es probable que ella no hubiera alcanzado a oír mis pasos, pues ni siquiera se volvió cuando pasé a su lado conteniendo la respiración, mientras que mi corazón golpeaba fuertemente. “¡Es extraño!”, pensé, “parece que estuviera profundamente preocupada por algo”, y de pronto quedé como clavado en el suelo. Empecé a oír un lamento apagado. ¡Sí! No me engañaba; la muchacha estaba llorando. Un minuto después lo confirmé al oír otro sollozo. ¡Dios mío! El corazón se me contrajo. Y yo, que siempre he sido tan poco hábil con la mujeres... Pero, este era un momento tan especial que hubiera podido volverme y caminar hacia ella y decirle por lo menos: “Señorita”. Lo hubiera hecho de no saber que expresiones como esa han sido pronunciadas miles de veces en todas las novelas de folletín conocidas. Solamente eso me detuvo. Pero mientras me entretenía buscando las palabras, la muchacha se alarmó, miró a los lados asustada, como si, de repente, se hubiera dado cuenta de algo, y escondiendo la mirada en la tierra se escurrió por el malecón pasando a mi lado. Inmediatamente me lancé a seguirla, pero no pude evitar que ella lo notara y abandonara el malecón lanzándose a través de la calle para alcanzar el andén. No fui capaz de atravesar la calle. Mi corazón temblaba como el de un ave recién atrapada. Pero súbitamente vino en mi ayuda una nueva circunstancia.

Por el otro extremo del andén, no muy lejos de mi desconocida, de improviso apareció un hombre vestido de frac, cuyos años poco o más bien nada garantizaban sobre su comportamiento. Caminaba tambaleándose y sosteniéndose cuidadosamente contra la pared. Entonces la muchacha se lanzó, disparada como una flecha, a caminar de manera afanosa pero con recelo, como caminan las muchachas que no desean que nadie se proponga acompañarlas a su casa en medio de la noche. Por supuesto que el tambaleante hombre no hubiera podido alcanzarla de ninguna manera, si no hubiera

sido porque mi destino se había propuesto entregarle algunos medios artificiales para lograrlo. Así, de pronto, sin decir una sola palabra, mi hombre se despegó del suelo y se lanzó corriendo por los aires, como levantado por la fuerza de sus dos piernas, intentando alcanzar a mi desconocida. Ella también avanzaba como el viento, pero el bamboleante señor se le acercaba de manera peligrosa, tanto, que terminó alcanzándola. Entonces, la muchacha gritó, y yo le agradezco al destino por el maravilloso bastón que apareció justo en ese momento en mi mano derecha. En un segundo estuve en el otro lado del andén y, en otro segundo, el señor sin nombre comprendió la nueva situación, se dio cuenta muy rápidamente de mi razón irrefutable y se detuvo en silencio. Solo cuando estuvimos ya lo bastante lejos empezó a lanzar improperios en mi contra usando términos suficientemente enérgicos. Pero ya sus palabras apenas llegaban hasta nosotros.

—Deme su mano —le dije a mi desconocida—, así nos aseguramos de que no vuelva a molestarnos.

Ella me entregó su mano sin decir nada. Todavía estaba temblando de angustia y de miedo. ¡Oh, el hombre desconocido! Sin pestañear siquiera me dispuse a mirarla. La muchacha era linda y morena. ¡Había adivinado! Sobre sus pestañas negras todavía brillaban algunas pequeñas lágrimas de las derramadas hacía poco, bien fuera por el susto o por la pena que estaba sufriendo, no lo sé. Pero sus labios ya empezaban a iluminarse con una sonrisa. Ella también me miró furtivamente, se sonrojó un poco y bajó la mirada.

—¿Se da cuenta? No era necesario que me eludiera hace un rato. Si hubiera estado desde entonces a su lado, nada de esto hubiera ocurrido...

—Pero es que yo a usted no lo conocía y pensé que usted también...

—¿Y es que acaso ahora sí me conoce?

—Un poquitín. A ver, por ejemplo, ¿por qué está temblando?

—¡Hum! Usted lo ha descubierto todo desde el principio, lo ha adivinado —le contesté sin saber en mí por la alegría de descubrir que mi muchacha era inteligente, y eso es un detalle que, unido a la belleza, nunca sobra—. Sí. Usted, desde el primer instante que me vio, adivinó con quién estaba tratando. Es cierto, soy un poco torpe con las mujeres y estoy muy emocionado, tengo que reconocerlo, pero no menos que usted unos minutos antes, cuando ese hombre la asustó... Lo que me ocurre de verdad es que siento un terrible sobresalto. Como si todo esto fuera un sueño, aunque ni siquiera en los sueños se me ocurre pensar que, alguna vez, voy a poder siquiera cruzar palabra con alguna mujer.

—Cómo, eso no puede ser verdad.

—Sí. Si mi mano está temblando es porque nunca antes se había enlazado con otra mano tan hermosa y pequeña como la suya... Estoy definitivamente desacostumbrado a las mujeres; es decir, nunca me he podido acostumbrar a ellas porque siempre he estado solo... Inclusive, no sé cómo hablar con ellas. Por ejemplo, ahora mismo, no sé si ya le habré dicho alguna tontería... Si ha sido así, dígamelo sin preámbulos, no se preocupe, no me ofendo con facilidad...

—No, no, para nada, para nada, al contrario. Y si de verdad usted quiere que sea honesta, entonces le diré que a las mujeres les gusta ese tipo de timidez; y si quiere saber más, a mí también me gusta, y he decidido no permitirle abandonarme hasta que me haya acompañado hasta la puerta misma de mi casa.

—Usted está logrando —empecé a decir ahogándome por la emoción— que ahora mismo pierda mi timidez y entonces: ¡adiós a todos mis recursos!

—¿Recursos? ¿Qué recursos? ¿Recursos para qué? Eso sí ha sido una bobada.

— Soy culpable, perdón. No lo haré más. Se me escapó la lengua. Pero es que... cómo espera usted que en este momento no tenga deseos de...

—¿Gustarme, o qué?

—Pues sí, pero por el amor de Dios, sea, sea buena. ¡Dese cuenta de quién soy! Tengo veintiséis años y hasta ahora no he visto a nadie. ¡Oh! ¿Cómo puedo hacer para hablarle con habilidad y exactitud? Para usted será mucho más claro y ventajoso cuando todo esté abierto y hacia afuera... Es que no puedo callarme porque es mi corazón el que habla. ¡Bah, pero da igual! Créalo o no, no ha habido ni una sola mujer, nunca, nunca. ¡Ni un solo conocido! Y cada día, mi único sueño consiste en que finalmente en algún momento encuentre a alguien. Ah, si supiera cuántas veces he estado enamorado de esta manera...

—¿Pero cómo, de quién?

—No; de nadie, de un ideal, de la que aparece en mis sueños. Es que en mis sueños he vivido romances completos. La verdad es que usted no me conoce. Pero honestamente, si quiere la verdad pura, porque sin ella es imposible continuar, es que sí, he conocido mujeres, pero ¿qué clase de mujeres? Han sido todas patronas que... Pero la estoy haciendo reír, me doy cuenta... Pues le puedo contar que muchas veces he pensado hablarle así a alguna joven aristocrática en la calle, cuando esté sola, por supuesto, y decirle, claro está, muy suavemente, con mucho respeto pero con pasión, que me estoy muriendo solo, que no me aleje de su lado, que no tengo otra forma de conocer a alguna mujer; convencerla de que parte de sus responsabilidades femeninas es no negarse a la súplica tímida de una persona infeliz como yo. ¡Que, finalmente, todo lo que pido no es más que dos palabras amistosas de su parte, que con un poco de simpatía no me aleje de su lado desde el primer paso, que crea en

mi palabra y que, finalmente, oiga lo que voy a decirle, que se burle de mí si se le antoja, pero que sepa que ese par de palabras me van a dejar lleno de esperanza, y son solo dos! ¡No importa si nunca más volvemos a encontrarnos!... Pero usted se está riendo... Bueno, al fin de cuentas parece que es para eso que hablo...

—No me malinterprete. Si me río, es porque usted mismo es su peor enemigo. Es seguro que si se decidiera a intentarlo le saldría bien, aunque ocurriera en la calle, porque, a veces, entre más espontáneo mejor... Ni una sola mujer buena, a menos que sea tonta o que en ese momento esté molesta por algo distinto, se atrevería a dejarlo ir sin haberle dicho ese par de palabras que usted suplica tan juicioso... Pero de todas formas ¿quiere saber lo que yo pensaría? Lo tomaría a usted por un loco. Sin duda sería así como lo juzgaría, porque de todas formas conozco un poco cómo se comporta la gente en el mundo.

—¡Cómo le agradezco! —grité—. Usted no se imagina lo que significan sus palabras para mí.

—¡Bueno, bueno! Pero dígame, por qué supo que yo era una mujer con la que... Mejor dicho de las que usted considera dignas de... su atención y su amistad... En una palabra, no una patrona como usted dice. ¿Por qué decidió acercarse a mí?

—¿Por qué? ¿Cómo que por qué? Usted estaba sola y era evidente la temeridad excesiva de aquel señor. Además es de noche..., usted misma estará de acuerdo en que era un deber...

—No. No en ese momento, sino antes, allá en la otra orilla. Usted quería acercárseme, ¿verdad?

—¿Allá, en la otra orilla? No sé, realmente no sé cómo responderle. Me da miedo... ¿Sabe? Hoy estaba tan feliz, iba caminando y cantando; había estado fuera de la ciudad y nunca antes había vivido unos momentos tan alegres. Y usted... A mí me pareció que

usted tal vez... Tendrá que disculparme si le hago recordar algo que no quisiera, pero me pareció que estaba llorando, y yo... Yo no puedo soportar el llanto... Se me encogió el corazón... ¡Oh, Dios mío! ¿Acaso no es posible que yo me hubiera entristecido por usted? ¿Acaso es un pecado que yo hubiera sentido compasión fraternal?... Discúlpeme; dije con compasión... Pero, sí. ¿Es que acaso será posible llegar a ofenderla diciéndole que involuntariamente se me ocurrió acercarme a usted?

—Tranquilo... Está bien... no hable más... —dijo la muchacha bajando la mirada y apretándose la mano—. Si soy yo misma la culpable por haber empezado a hablar de eso. Pero estoy muy contenta de no haberme equivocado acerca de usted... Y bien, ya estoy en casa, tengo que seguir por aquí, por este callejón. Son solo dos pasos desde acá... Adiós, le agradezco mucho...

—¡Espere! ¡No es posible, no es posible que no nos volvamos a ver nunca más! ¡No es posible que esto termine acá!

—Se da cuenta —dijo riéndose la muchacha—, usted al principio solo quería dos palabras, y ahora... Pero bueno, no puedo asegurarle nada... Posiblemente nos volvamos a encontrar...

—De todas formas mañana voy a volver por acá —dije—. Y por favor, perdóneme por empezar a pedir tan pronto...

—Sí, usted es bastante impaciente... Casi exige...

—¡Óigame, óigame! —la interrumpí—. Excúseme si de nuevo le digo algo por ese estilo... Pero es que hay una cosa... Es imposible que yo no vuelva mañana a este lugar. Soy un soñador, tengo tan poca vida real, que este tipo de encuentros casi nunca me ocurren y no podría dejar de repetirlos muchas veces en mis sueños. Voy a soñarme con usted toda la noche, toda la semana, el año entero. Así que mañana vendré sin falta, a este mismo lugar, a esta misma hora y seré feliz recordando lo ocurrido hoy. Porque este lugar ha

adquirido un gran valor sentimental para mí. Ya tengo unos dos o tres lugares como este en Petersburgo. Una vez llegué inclusive a llorar por recuerdos... Vaya uno a saber; puede ser que también, diez minutos atrás, usted llorara a causa de los recuerdos... Pero discúlpeme, lo olvidé nuevamente, es muy posible que usted, alguna vez, haya sido particularmente feliz aquí.

—Está bien —dijo la muchacha—, es probable que venga mañana, a las diez de la noche. Me doy cuenta de que no podré prohibírselo... Pero el asunto es que tengo que estar acá, no porque le haya puesto a usted una cita, no lo piense así, se lo advierto. Tengo que estar acá por un asunto mío, personal. Lo que ocurre es que... A ver, lo mejor es decírselo directamente. No me importaría que usted viniera, pero en primer lugar pueden ocurrir cosas desagradables como hoy, y aun dejando eso de lado... Es decir, sin más vueltas, me gustaría verlo... Para decirle dos palabras. Solo que mire bien, no me vaya a reprobar ahora. No se imagine que yo pongo citas tan fácilmente... No se lo hubiera permitido si... Pero no, mejor que ese sea mi secreto. Lo único es que antes de todo esto tenemos que hacer un trato...

—¿Un trato? Hable, diga, diga todo con antelación, yo estoy de acuerdo en todo, estoy dispuesto a todo —grité emocionado—, yo respondo por mí mismo, seré obediente, decente, usted me conoce...

—Justamente porque lo conozco lo invito a venir mañana —dijo riendo la muchacha—, lo conozco bien. Pero para que venga, hay una condición; se lo ruego, sea bueno y cumpla lo que le pido, dese cuenta de que le estoy hablando honestamente. En primer lugar no se enamore de mí... No es posible, se lo suplico. Para la amistad estoy lista; tenga, aquí le entrego mi mano... ¡Pero enamorarse, es imposible, se lo pido!

—Se lo juro —grité aferrándome de su mano.

—Suficiente, no jure, yo sé que usted es capaz de encenderse como pólvora. No me culpe por hablar de esta manera. Pero si supiera... Yo tampoco tengo a nadie a quién decirle una palabra, ni de quién recibir un consejo. Y por supuesto no es en la calle donde se pueden buscar consejeros, usted es una excepción. Lo conozco tanto que me parece que hubiéramos sido amigos durante veinte años... ¿No es verdad que usted no va a cambiar?

—Para que vea... Todavía no sé cómo sobreviviré ni siquiera un solo día.

—Duerma profundo, pase buena noche y recuerde que me he confiado a usted por completo. Ya lo dijo muy claramente hace poco: “¿Acaso es necesario rendir cuentas por cada sentimiento que tenemos, incluso por el sentimiento de hermandad?”. ¿Sabe? Lo que usted dijo estuvo tan bien dicho, que fue en ese momento que se me ocurrió confiarme a usted...

—Pero, por favor, hágalo, ¿cómo puede dudar...?

—Hasta mañana. Que sea entonces un secreto por ahora. Así es mejor para usted, aunque desde lejos pueda parecer una novela... Quizá mañana se lo cuento, pero quizá no... Es que todavía tenemos mucho que decirnos para conocernos mejor...

—¡Oh, sí! ¡Claro que sí! ¡Entonces mañana le cuento todo sobre mí! ¡Esto no puede ser sino un milagro...! ¡Y me está ocurriendo a mí! ¿Dónde estoy, Dios mío? ¿Y, dígame, es que acaso no le bastó con no enfurecerse conmigo como le hubiera ocurrido a otra, y con no echarme de su lado desde el principio? Dos minutos han sido suficientes para que usted me haya hecho feliz para siempre. ¡Sí! Feliz. Vaya uno a saber, tal vez es que usted se enojó pero ya se reconcilió conmigo, me permitió mis dudas... Pueda ser que me vuelvan a ocurrir momentos como este... Pero, bueno, está bien, mañana le contaré todo, lo sabrá todo, todo...

—Está bien, acepto. Usted empieza...

—De acuerdo.

—¡Hasta entonces!

—¡Hasta entonces!

Y nos separamos. Caminé toda la noche, no podía decidirme a volver a casa. ¡Era tan feliz!... ¡Hasta mañana!